

De lo que aconteció a un deán de Santiago con don Illán, gran maestro que moraba en Toledo

Juan Manuel



Otro día hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y le contaba sus asuntos de esta manera: -Patronio, un hombre vino a rogarme que le ayudase en un tema en el que necesitaba mi ayuda, y me prometió que para devolverme el favor haría por mí todas las cosas que fuesen para mi bien y que yo necesitara. Y yo comencé a ayudar cuanto pude en aquel hecho. Y





antes de que su tema se resolviera, y creyendo él que ya estaba resuelto, necesité su ayuda para una cosa y se la pedí y él se negó y me dio una excusa. Y después lo necesité para otra cosa, y me dio otra excusa: y esto me hizo cada vez que yo le rogué que hiciera algo por mí. Y aquel primer tema por el que él acudió a mí al principio, no está aún resuelto, ni se resolverá si yo no quiero. Y por la confianza que yo le tengo a usted y a su entendimiento, le ruego que me aconseje sobre cómo debiera actuar en esto.

-Señor conde -dijo Patronio-, en vez de consejo mejor le cuento la historia de lo que sucedió a un deán de Santiago con don Illán, el gran maestro que vivía en Toledo.

Y el conde le pidió que se la contara.

-Señor conde -dijo Patronio-, en Santiago había un deán a quien le interesaba mucho aprender del arte de la nigromancia, y oyó decir que don Illán de Toledo sabía de ello más que ninguno sobre el tema. Y por ello se vino para Toledo.

Y el día que llegó a Toledo, se encaminó luego a casa de don Illán y lo encontró leyendo en una habitación muy apartada. Don Illán lo recibió muy bien y le dijo que primero comieran y que solo después de eso se pusieran





a hablar del tema por el que había venido. Y fue amable y lo atendió bien, haciendo sentir muy cómodo a su visitante.

Después de que terminaron de comer, el deán le contó a don Illán la razón por la que había ido a visitarlo, y le rogó de forma apremiante que le enseñase aquella ciencia.

Don Illán le contestó que él era deán y hombre de gran rango y que podría llegar a hacer carrera y tener mucho poder, y los hombres que llegan a gran rango y a mucho poder, olvidan muy deprisa lo que otro ha hecho por ellos. Y que desconfiaba que cuando el deán ya hubiese obtenido de él lo que quería, le guardase agradecimiento y gratitud.

El deán entonces le prometió y le aseguró que siempre recordaría el favor y que don Illán podía acudir a él cuando lo necesitase.

En esta conversación estuvieron desde que se juntaron hasta la hora de la cena. Cuando don Illán accedió finalmente al ruego, le dijo al deán que aquella ciencia sólo se podía aprender en lugar muy apartado y que esa misma noche le iba a mostrar dónde. Y lo llevó hasta una habitación, desde donde llamó a una muchacha de su casa y le dijo que tuviese perdices para cenar esa noche,





pero que no las pusiera a asar hasta que él le avisara. Después llamó al deán y entraron los dos por una escalera de piedra muy bien labrada. Fueron descendiendo un buen rato, tanto que parecía que habían bajado lo suficiente como para que pasara el río Tajo sobre ellos. Al final llegaron hasta una posada muy buena, y una habitación muy adornada que allí había, donde estaban los libros que iban a leer.

Se sentaron y estaban decidiendo con qué libro comenzarían, cuando entraron dos hombres por la puerta y le dieron al deán una carta que le enviaba el arzobispo, su tío, en que le hacía saber que estaba muy enfermo y que le rogaba que, si le quería ver vivo, que se fuese luego donde él.

Al deán le pesaron mucho de estas nuevas: por un lado le dio pena la enfermedad de su tío, y por otro, le disgustaba dejar el estudio de la nigromancia.

Decidió no dejar aquel estudio tan deprisa, hizo sus cartas de respuesta y las envió al arzobispo su tío.

Y tres días después llegaron otros hombres a pie que traían otras cartas al deán, en que le hacían saber que el arzobispo había fallecido. También le decían que los de su iglesia estaban reunidos para elegir a un sucesor y que confiaban en que, por la gracia de Dios, lo elegirían a él.



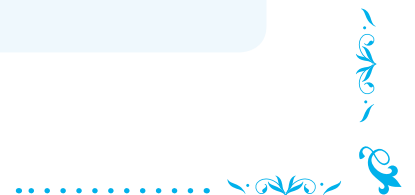


Por esta razón le recomendaban que no se apresurase a ir a la iglesia. Porque mejor era para él que lo eligiesen estando en otra parte.

Al cabo de siete o de ocho días, vinieron dos escuderos muy bien vestidos, y cuando llegaron a él, le besaron la mano y le mostraron las cartas que decían cómo lo habían elegido arzobispo.

Cuando don Illán oyó esto, le dijo a su nuevo amigo cómo agradecía a Dios que estas buenas nuevas habían llegado en su casa; y como Dios le había regalado tanto bien, le pedía que el puesto de deán que quedaba vacante que lo diera a un hijo suyo. El nuevo arzobispo le contestó que no iba a poder ser así, porque en ese puesto iba a poner a su hermano. Pero que como en sus propósitos estaba también que don Illán quedase contento, le rogaba que se fuese con él para Santiago y que llevase él a aquel su hijo. Don Illán dijo que lo haría. Y se fueron para Santiago, donde fueron muy bien recibidos.

Vivieron allí un tiempo, hasta que un día llegaron mensajeros del Papa, con sus cartas para el arzobispo, en las cuales le comunicaba que era suyo ahora el obispado de Tolosa, y que se le concedía la gracia de que pudiese dar el arzobispado a quien quisiese. Cuando don Illán esto oyó, le recordó su promesa y le pidió que se lo diera a su hijo. El arzobispo, como respuesta, le rogó que



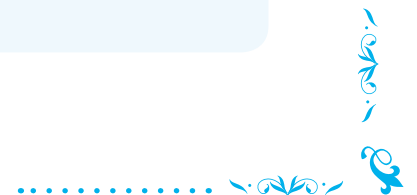


permitiera que se lo diera a un tío suyo, hermano de su padre. Don Illán le contestó que consideraba eso como una ofensa, pero que accedía con tal de que estuviese seguro de que lo enmendaría más adelante. El nuevo obispo le prometió de todos modos lo haría así y le rogó que fuese con él a Tolosa.

Cuando llegaron a Tolosa, fueron muy bien recibidos por los condes y por cuantos hombres buenos había en la tierra. Llevaban viviendo ahí dos años, cuando llegaron otra vez mensajeros trayendo cartas del Papa, en las cuales al obispo se lo hacía cardenal y se le concedía la gracia de que diese el obispado de Tolosa a quien quisiese.

Entonces fue a él don Illán y le dijo que, en vistas de que tantas veces había faltado a su palabra, que ya no había lugar para ponerle excusa ninguna, que tenía que darle alguna de aquellas dignidades a su hijo. Y el ahora cardenal le rogó que consintiese que le diese aquel obispado un su tío, hermano de su madre, que era hombre bueno y anciano, y que se fuese con él para la corte. Y don Illán se quejó mucho de ello, pero consintió otra vez, y se fue con él para la corte.

Desde que llegaron fueron muy bien recibidos por los cardenales y por todos los que estaban en la corte, y vivieron allí un buen tiempo. Don Illán cada día le



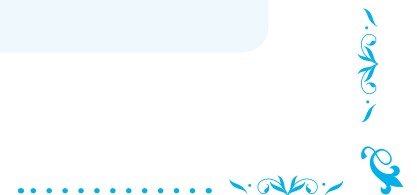


recordaba al cardenal el acuerdo a que habían llegado tiempo atrás, y le pedía algo para su hijo. Y nada de nada, el cardenal sólo daba excusas.

Estando así en la corte, finó el papa; y todos los cardenales eligieron a aquel cardenal como su sucesor. Entonces fue donde él don Illán y le dijo que ya no podía poner excusa para no cumplir lo que le había prometido. El papa le dijo que no se apurara tanto, que siempre habría lugar y tiempo para concederle algo. Entonces don Illán comenzó a alegar, recordándole cuántas cosas le había prometido y que nunca le había cumplido ninguna, y diciéndole que era eso mismo de lo que desconfiaba la primera vez que con él había hablado y puesto que habían llegado a este estado y no le cumplía lo que le había prometido, ya no veía que pudiera esperar nada de él.

El papa se disgustó mucho con estos reclamos y lo amenazó diciéndole que, si seguía insistiendo, lo haría echar en la cárcel. Porque era hereje y mago, puesto que lo conocía y tenía claro que en Toledo vivía del arte de la nigromancia.

Cuando don Illán vio cuán mal le devolvía el papa sus favores, se despidió de él. El papa ni siquiera quiso darle algo para que comiera en el camino. Entonces don Illán le dijo al papa que como no tenía otra cosa para comer, tendría que alimentarse de las perdices que había





dispuesto asar aquella noche. Y llamó a la mujer y le dijo que asara las perdices.

Cuando esto dijo don Illán, se vio el papa en Toledo, ya no papa de Roma sino deán de Santiago, como lo era cuando allí había llegado. Y fue tan grande la vergüenza que tuvo, que no supo qué decirle.

Don Illán lo invitó a irse de buena manera, diciéndole que ya lo había probado, y que sería de mal gusto que se comiera su parte de las perdices.

Y usted, señor conde Lucanor, que tanto hace por aquel hombre que le pide ayuda y que no le da las gracias después, no tiene por qué esforzarse en probarlo tanto como hizo don Illán con el deán.

El conde, que había escuchado toda la historia, se tomó este como un buen consejo, y lo siguió, y se sintió cómodo y bien con ello. .

Y porque entendió don Juan que este ejemplo era muy bueno, lo hizo escribir en este libro e hizo de ello estos versos que dicen así:

*A quien mucho ayudes y no te lo reconozca
menos ayuda habrás de él desde que a gran honra suba.*

*Elaborado por: Ministerio de Educación
Relato de don Juan Manuel, adaptado por Magdalena Flores.*

*Imagen: "Monje loco Colunga", del autor Deslumbra.
Tomada de <http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Mago.jpg>*

